

A diferencia de otros lugares que uno pueda visitar, a Nueva York nunca se llega por primera vez. A Nueva York siempre se vuelve. Simplemente, hay cosas que recuerdas y ya no están, otras que siempre te esperan tal como las dejaste la última vez y otras que te molestan porque tú no las esperabas. Y donde mejor se mezclan la nostalgia, la permanencia

S y la sorpresa, es en Broadway. Saluda a Broadway de mi parte

Broadway, el Gran Camino Blanco, el largo, luminoso y abarrotado Olimpo particular de Nueva York, es un lugar de límites imprecisos sin una imagen que lo resuma. Podemos mandar una postal de Times Square, con sus grandes pantallas cubriendo las fachadas de los edificios y con el tráfico cruzando en varias direcciones, envuelta en su aura de sol y contaminación o bajo el millón de luces que vibran mientras otro millón de corazones late ansiosamente, como rezaba la *Melodía de Broadway*. Pero aún así, esa postal no acaba de ser Broadway. Uno puede estar en el Rockefeller Center, en la puerta de Tiffany's, en el mirador del Empire State o en la Zona Cero, pero no siempre sabe bien cuándo se ha metido en Bro-

adway. De acuerdo, hay carteles con el nombre de la calle, pero el Broadway de las canciones no es siempre el del plano del turista.

¿Cómo guiarse? Siga al mito, y empiece por las luces. De noche Broadway se nota más: recuerde que "los neones siempre brillan *on Broadway*". Si no se marea puede enterarse de las cotizaciones o de las nuevas bajas en Irak siguiendo las noticias que huyen hacia la izquierda en las tiras luminosas bajo los anuncios. Y si pierde el interés siempre puede alzar la vista y recorrer las piernas de la modelo. Probablemente lo haga aunque no lo intente. Puede que no conozca la canción, pero aún así le acompañará la sensación de que "por cada luz de Broadway hay un corazón roto". Hay algo inabarcable

moviéndose entre esas fachadas que se agolpan sobre el caminante desde hace un siglo, un rumor de maquinaria que fabrica sueños por encima de la demanda.

Lo cual nos lleva, por supuesto, al teatro. Aquí es donde Broadway, digámoslo con la frase lapidaria habitual, ya no es lo que era -aunque al fin y al cabo, el propio teatro ya no es lo que era-. Muchos de los teatros míticos se han perdido, y en las marquesinas ya no brillan nombres aún más míticos. Ya no hay coristas que puedan soñar con cazar a un millonario, ya no hay noches mágicas en las que "nace una estrella", ya no hay canciones que sonarán una y otra vez, y cada vez de forma distinta, en los discos de jazz. Los musicales de los setenta, y más

tarde los escritos por estrellas del pop o los salidos de la fábrica Disney, han convertido el distrito teatral en otra atracción turística, últimamente con el gancho de poder ver actuar a estrellas de cine *in person*. Pero al fin y al cabo sigue habiendo teatros, gran profusión y colorido de carteles en gremial competencia, grandes *premieres* de alfombra roja y, de vez en cuando, títulos de viejo lustre que hablan de barcos que van Misisipi abajo o de reyes de Siam. Y todavía, y por tiempo indefinido, "los bajos fondos se encuentran con la élite" en la calle 42.

Diez calles más arriba estaba el jazz. Broadway siempre ha estado en el jazz, pero ya tampoco puede decirse que haya mucho jazz en Bro-

adway. Al menos en la calle 52 no queda ni rastro. Está Birdland, que reabrió en la 44, el Oak Room Cabaret del Algonquin, y aún está Les Paul, tocando con su artritis y sus 92 años todos los lunes en el Iridium, en Broadway con la 51.

Claro que para un músico todo está preservado dos calles más abajo. Un policía a caballo guarda el cruce de Broadway con la 49; en una esquina, un luminoso dibuja a una *bobby-soxer* que salta con un disco en la mano; "lo encontré en el Colony", reza el slogan. Todo el jazz y todo el musical se encuentran allí, en pasillos de anaqueles repletos de partituras que pueden hacerle dejar allí el billete de vuelta. Gershwin, Charlie Christian, Johnny Mercer, Louis Jordan... Uno detrás de otro, los ídolos le saludan y se ofrecen a acompañarle hasta el otro lado del océano, y más allá. Un souvenir de la tienda de Times Square, una foto junto al puesto de perritos calientes o una imagen que se gastará más deprisa que las aceras de la Quinta Avenida a las que recuerda no pueden competir con eso.

Y si no es músico y todo esto le da igual, qué quiere que le diga. Siga un poco más calle abajo, métase a la izquierda por la 44 (mucho más calle abajo, Broadway ya no es tan Broadway) y tómese un martini entre las oscuras maderas del bar del Algonquin. O mejor, suba al salón de la Tabla Redonda, donde solían almorzar los ingenios más acerbos de Broadway. Una vez más, el recuerdo de lo que fue se mezcla con las impresiones de lo que es, y depende de cada uno de nosotros sentir qué es más verdadero. Lo gracioso de todo el asunto es que, al final de este paseo, quizá se encuentre con el Broadway que buscaba en el televisor de la habitación del hotel: Gene Kelly cantando "Oh, that Broadway rhyhtm" desde un plató de Hollywood.

Aún así, "saluda a Broadway de mi parte, dale recuerdos a Herald Square."



nueva york



arco & flecha
presenta en vivo

JOHN ZORN COMPLETE MASADA

Marc Ribot - Trevor Dunn
Calvin Weston - Jamie Saft
Greg Cohen - Mark Feldman
Joey Baron - Cyro Baptista
Ikue Mori - Erik Friedlander
Kenny Wollesen - John Zorn

Jueves 28 Junio '07

MARC RIBOT 3
JAMIE SAFT 3
BAR KOKHBA

Viernes 29 Junio '07

MASADA STRING 3
ELECTRIC MASADA

L'AUDITORI

Carrer Lepant, 150
Barcelona

TEL-ENTRADA 902 10 12 12
CAIXA CATALUNYA telentrada.com

www.arcoyflecha.es